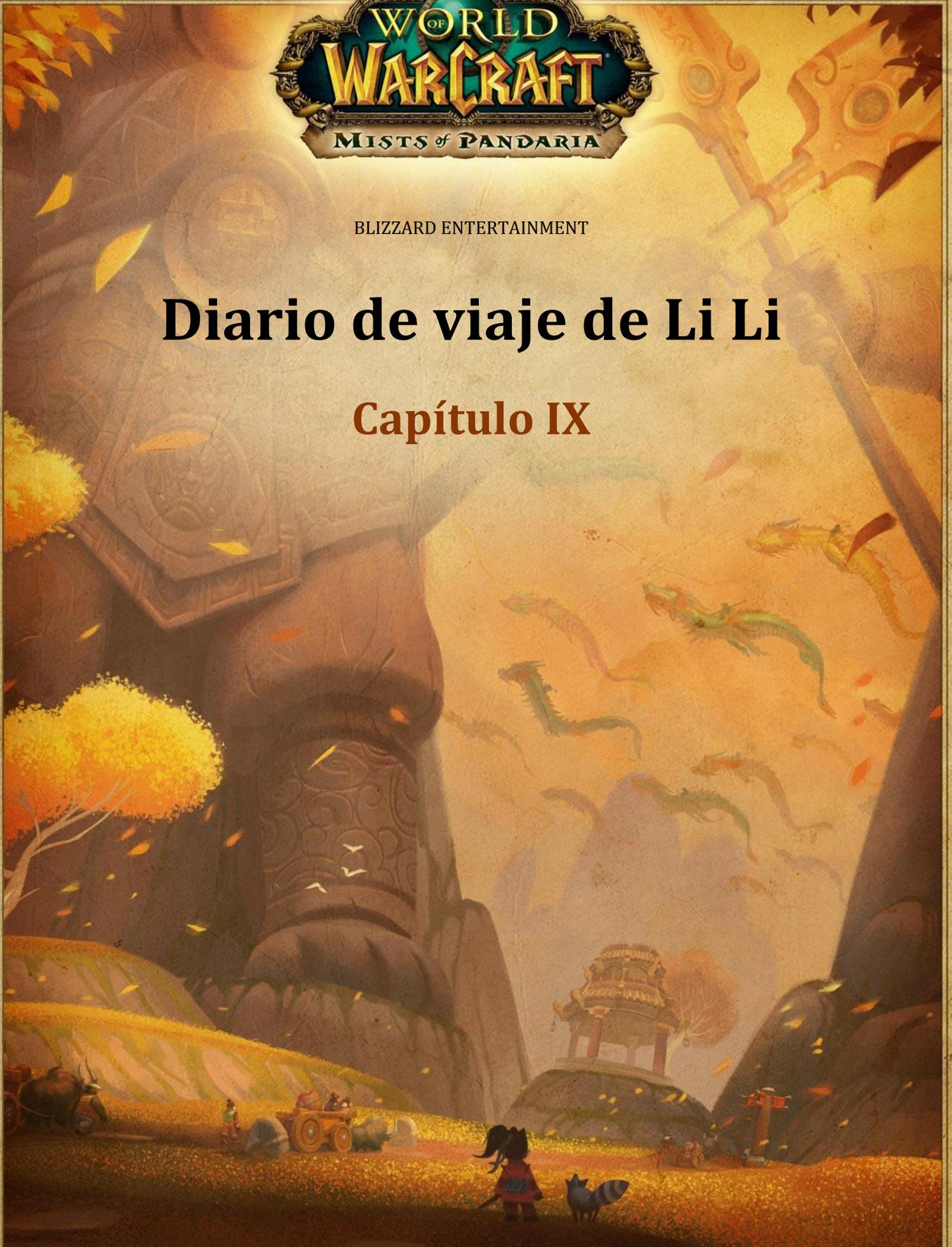


BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Diario de viaje de Li Li

## Capítulo IX



## Capítulo Nueve: El Valle de la Flor Eterna

El Valle de la Flor Eterna era como un pequeño mundo aparte en medio de Pandaria. Una brisa cálida y balsámica bañaba sus colinas de hierba dorada. De los árboles llovían hojas y flores, impregnando el aire con un dulce aroma. En vez de quedar secas y crujientes como las hojas y los pétalos normales, cuanto allí caía se mantenía fresco y tierno durante días.

Mucho de lo que allí veía parecía encajar con las leyendas que me habían llegado acerca del valle. Los cachorros de toda Pandaria crecían oyendo historias sobre aquel lugar. Uno de los mitos más populares era que la región albergaba unas cuantas pozas mágicas. ¡Había gente que decía incluso que las aguas podían obrar milagros! El valle tenía indudablemente algo especial, y yo no era la única que quería comprobar si los relatos sobre la región eran ciertos.

Docenas de refugiados pandaren acudían al valle dorado. Casi todos ellos habían sido desterrados de la Cima Kun-Lai tras quedar sus hogares destruidos por los yaungol. La pobre gente traía todo aquello con lo que había podido cargar, lo que en la mayoría de casos se reducía a la ropa que llevaban auestas. Con suerte tenían también uno o dos yaks, algunas reliquias familiares y comida suficiente para tal vez un par de días.

Me uní a dos refugiados: un pandaren llamado Buwei y su hijo, el pequeño Fu, que viajaban solos. Ambos estaban muy callados hasta que saqué a relucir el viejo talismán de los Cerveza de Trueno y pude saber más sobre ellos. Por lo visto Buwei y su cachorro lo habían perdido *todo* en un ataque yaungol en Kun-Lai... incluso al resto de su familia. Ahora padre e hijo se dirigían a la Aldea Bruma Otoñal, un lugar del valle que se había convertido en un refugio para muchos de los pandaren de Kun-Lai.

Como todos los refugiados, Buwei y el pequeño Fu creían que encontrarían la paz en el valle. ¿Y quién podía culparlos? Hasta hacía solo unos días, el valle había estado aislado de otras zonas de Pandaria durante miles de años. Durante todo ese tiempo había estado custodiado por los grandes Celestiales. Aquellos seres legendarios seleccionaron cuidadosamente a unos guardianes especiales, el Loto Dorado, para que los ayudaran a vigilar el valle. Los pandaren a los que conocía me decían que era un gran honor ser elegido como miembro de la orden sagrada, pero todo aquello me resultaba un tanto extraño. No me entraba en la cabeza que una criatura divina se presentara un día y me pidiera que abandonara a mi familia y mis amigos para pasar la vida en un valle secreto.

Dejando todo eso a un lado, comprendía por qué los refugiados venían al valle. Con los Celestiales y el Loto Dorado cerca, se trataba probablemente del lugar más seguro de Pandaria.

Por lo menos *solía* serlo.

Buwei me dijo que antaño el valle había sido el centro del imperio mogu. Recientemente, los muy canallas habían encontrado la forma de regresar al valle y pretendían recuperar su antiguo territorio. Resultaba difícil creer que los mogu hubieran gobernado alguna vez un sitio tan hermoso como el valle, ¡pero había estatuas de ellos por todas partes!

A pesar de las noticias sobre los mogu, Buwei y el pequeño Fu se fueron animando con el paso de los días. Me gustaría atribuirme el mérito, pero ese honor recayó en mi bandipache, Shisai. Aquella bolita de pelo había superado prácticamente sus problemas de ira en cuanto salimos de Kun-Lai. Pero, por si acaso, enseñé a los dos refugiados cómo calmarlo con golosinas y mordedores si se ponía un poco arisco. Buwei y su hijo jugaban muy a menudo con el bandipache. Su presencia debía de distraerlos de todo lo que habían perdido, sobre todo para el pequeño Fu. Las únicas veces que sonreía era cuando sujetaba a Shisai. El cachorro no tardó en convertirse en un experto en lo referente al cuidado de la criatura.

Cuando al fin llegamos a la Aldea Bruma Otoñal me sorprendió lo grande y bulliciosa que era. Las calles de piedra de la aldea se veían antiguas y gastadas, pero muchos de los edificios parecían nuevos. Buwei dijo que antes Bruma Otoñal era más pequeña, solo unas cuantas construcciones aquí y allá ocupadas por el Loto Dorado, pero que con la primera oleada de pandaren de Kun-Lai el lugar se había expandido rápidamente.

Los refugiados no habían tardado en sentirse como en casa. Los sonidos de los pandaren charlando, riendo y cantando llenaban cada rincón de la aldea. La mayoría de las carretas que trajeron fueron desmontadas y transformadas en improvisadas mesas y tenderetes. Las sobras se usaron como leña para cocinar grandes ollas hirvientes de pescado al curry verde o para asar pinchos de gallina al cacahuete. De vez en cuando veía duendes como los de la Isla Errante asomándose en los tejados. Aquellos traviosos pequeñuelos observaban las actividades de los refugiados y se esfumaban al ser descubiertos.

La visita a Bruma Otoñal estuvo genial, pero seguía queriendo explorar el resto del valle. Me fui a primera hora de la mañana siguiente. Buwei dormía, y el pequeño Fu también. El cachorro sonreía, abrazado fuertemente a Shisai. Pensaba llevarme conmigo al bandipache, pero, tras ver lo feliz que había hecho al hijo de Buwei, ¿cómo habría podido? Después de todo por lo que había pasado el pequeño Fu, se merecía a Shisai. Además, comenzaba a

cansarme de encontrar cada día pelo del bandipache en la ropa, en la comida y en el té. Por lo menos... eso fue lo que me dije para no lloriquear como un bebé mientras escribía una nota de despedida para padre e hijo. Luego abandoné la aldea.

Justo después de salir el sol, alguien, o *algo*, comenzó a seguirme por el valle. Lo notaba como algo instintivo, pero lo que acabó de ponerme sobre aviso fue el extraño hedor que flotaba en el aire cual incienso. Me recordaba a Ryshan y a los otros pescadores de la Espesura Krasarang: una mezcla de piel sudorosa y entrañas de pescado. Me guié por el olor y sorprendí a mi acosador oculto detrás de una gran roca. Al principio creí que se trataba de mi abuela Mei, pero tras fijarme bien me di cuenta de que aquella cosa no era tan peluda como ella. Ni mucho menos.

Era un grúmel. Había visto a esas extrañas criaturas en Kun-Lai, pero nunca había estado cerca de una. Eran expertos alpinistas y rastreadores, con un olfato increíble. Aquellas montañas hostiles los habían vuelto bastante supersticiosos, y solían llevar unos amuletos (como monedas o patas de conejo) llamados grisgrís. Los grúmel se ponían incluso el nombre de su grisgrís favorito, lo cual en el caso de mi nuevo amigo explicaba la pestilencia...

—¡Mensajero Cola de Pez a tu servicio! —dijo el grúmel—. Chen Cerveza de Trueno me envió en tu busca, pero ha sido muy difícil. Te seguí durante muchos días para asegurarme de que *tú* eras *tú*. No atufas lo suficiente. Necesitas un grisgrís mejor.

—O podrías haberme preguntado quién era —contesté.

—Un grúmel siempre se fía de su nariz por encima de cualquier otra cosa.

Me entregó un pergamino escrito por el tío Chen. Entre las manchas de cerveza y las migas de tofu picante que salpicaban el papiro me enteré de que finalmente se había puesto en marcha y había salido de la cervecería. Y no solo eso: había encontrado a *otros* Cerveza de Trueno en el Jardín de la Cebada Crepuscular, alguna especie de asentamiento en una región a la que llamaba enigmáticamente el Desierto del Pavor. Me dijo que fuera a su encuentro en una de las torres de vigilancia del Espinazo del Dragón, la gran muralla que se extendía por toda la parte occidental de Pandaria.

*Y Li Li, ponía el tío Chen al final de la carta, pase lo que pase, ¡no vayas al otro lado de la muralla! Aquello es extremadamente peligroso. Tú no te muevas de la torre de vigilancia en cuanto llegues allí.*

El hecho de que no mencionara que me había ido sin su permiso me puso nerviosa. Algo grave estaba ocurriendo en el Desierto del Pavor para que pasara eso por alto. Por más que lamentara abandonar el valle, sabía que el tío Chen me necesitaba. Y, en fin, la verdad es que tenía *muchas* ganas de caminar por la muralla.

—¡Vamos, vamos! —El mensajero Cola de Pez señaló al oeste, donde el Espinazo del Dragón bordeaba el valle—. Yo te conduciré a la muralla, pero debemos darnos prisa. Soplan vientos del este. ¡Eso significa buena suerte y viajes seguros!

Incluso desde lejos, el Espinazo del Dragón resultaba *enorme*. La primera vez que vi la barrera fue en el Valle de los Cuatro Vientos. Desde aquel instante había tenido la esperanza de contemplar algún día toda Pandaria desde ahí arriba.

Bueno, pues aquel día había llegado al fin.

\*\*\*